

Dinámicas del capitalismo: escisión metabólica y sacrificio del valor de uso

Julio Peña y Lillo E.

Julio Peña es Máster en Ciencias Políticas, FLACSO-Ecuador. juliopyle@yahoo.fr

El modo capitalista vive de sofocar a la vida y al mundo de la vida, ese proceso se ha llevado a tal extremo, que la reproducción del capital solo puede darse en la medida en que destruya igual a los seres humanos que a la naturaleza. La revolución implica no aprender a vivir dentro del capitalismo sino transformarlo, subvertirlo (Echeverría, 2010).

Resumen

El presente artículo pretende indagar los elementos que hacen parte de la dinámica de funcionamiento del sistema capitalista. Estos elementos vinculados con el sacrificio del *valor de uso* así como con la *escisión metabólica*, son piezas fundamentales en la conformación de la crisis estructural del modo de producción y reproducción capitalista, los cuales se conjugan y articulan en el proceso de perpetuación de las crisis ambientales. A través de las categorías de análisis que nos brinda el marxismo, en su vertiente ecológica, nos planteamos la incorporación del concepto de *biocentrismo*, como una respuesta o alternativa a la ética antropocéntrica (del individualismo productivista) cuya relevancia prima en el reconocimiento y respeto de la naturaleza y todas sus entidades vivas.

Introducción

En nuestros días, como denuncia Gorz (2008), es posible contemplar cada vez con más frecuencia cómo la cultura capitalista brinda al ser humano los instrumentos de su propia destrucción. Este autor señala que el capitalismo como modo de producción y como cultura se ha basado en producir acumulación mediante la explotación, ya sea de la fuerza del trabajo de las personas, de la dominación de clases, del sometimiento de los pueblos, o, como se observa cada vez más a menudo, por medio de la explotación pura y dura de la naturaleza.

Los efectos perversos de esta dinámica se pueden apreciar con gran claridad en el calentamiento global, en la polución acelerada, en la pérdida de biodiversidad, en el debilitamiento de la capa de ozono, en el agotamiento de los recursos naturales, en la desertificación, en las mareas negras (por ejemplo, la crisis del Golfo de México en 2010) (Michel, 2010).

Todos estos impactos ambientales cotidianos ocasionados por el ser humano se han convertido en la actualidad en una realidad insostenible que amenaza gravemente el futuro

de la humanidad. Partiendo de estos postulados, con el presente trabajo intentaremos responder a los interrogantes siguientes:

¿Cómo se produce la violentación ecológica por parte de la dinámica capitalista? ¿Cómo la relación de sacrificio del valor de uso por parte del valor que se valoriza potencia esa violentación?

Con el fin de responder a estas interrogantes, en un primer momento analizaremos el proceso de sacrificio del valor de uso por parte del valor que se valoriza, para conectarnos en un segundo momento con el concepto de escisión metabólica. Una vez analizados estos dos componentes de la dinámica capitalista, procederemos, en un tercer y último momento, a plantear el biocentrismo como una posible alternativa frente al proceso de desastre ecológico en el que estamos inmersos.

El análisis de estos tres momentos: valor de uso, escisión metabólica y biocentrismo, nos puede ayudar a evitar la reproducción continua de los errores que del pasado se arrastran hasta hoy en día (crisis económica, social, ecológica, etc.), contribuyendo de esta forma con la necesidad urgente de buscar alternativas políticas y económicas sustentables.

El sacrificio del valor de uso por el valor valorizándose

Toda producción humana, ya sea un bien, un producto o un objeto, tiene dos dimensiones. La primera tiene que ver con su valor de uso, es decir, la que responde a la necesidad por la cual fue concebido, elaborado o construido tal objeto, bien o producto, y la segunda es la que concierne al valor valorizándose, es decir, la que responde al juego del mercado, la que se preocupa por saber cuánto puede costar ese producto, ese bien o ese objeto, y, sobre todo, en cuánto se puede multiplicar su valor dentro de las relaciones económicas de mercado y consumo.

En palabras de Bolívar Echeverría, se trata de una determinación dual: la primera, propia de la constitución social "natural", tiene su meta en una imagen ideal de la sociedad como totalidad cualitativa; la segunda, en cambio, impuesta por las relaciones de producción/consumo tiene por meta únicamente la acumulación del capital (Echeverría, 1998).

Como sugiere este autor, debemos tener -imperativamente- en cuenta que esta producción de valor, es decir el valor que busca o intenta multiplicarse, no puede salir adelante, no puede existir, sin la producción del valor de uso. El valor valorizándose por principio, por su naturaleza y lógica capitalista, va a controlar al valor de uso, y, en la mayoría de los casos, lo va incluso a oprimir, al punto de llevarlo casi a su destrucción.

Así, tenemos por ejemplo que el 65% de las tierras que un día fueron cultivables, hoy ya no lo son. La mitad de las selvas existentes en el mundo en 1950 han sido arrasadas, y sólo en

los últimos 30 años han sido derribados 600 mil km² de selva amazónica brasileña, el equivalente a Alemania unida, o a dos veces el Zaire (Boff, 2006).

Detrás de este proceso indiscriminado de explotación de los recursos naturales, se oculta una forma de ver a la naturaleza, únicamente como recurso económico por explotar. Desde esta perspectiva, el valor valorizándose no respeta la diversidad de fauna, de flora, y, peor aún, de las diversas culturas que allí se desenvuelven.

En el proceso de la dinámica capitalista se puede apreciar, entonces, con claridad cómo en su cotidianidad se sacrifica constantemente la dimensión cualitativa o de valor de uso de la naturaleza (de las culturas o de los objetos), en función del valor que -por la exigencia capitalista- está obligado a multiplicarse, sin escatimar en ningún momento el tener que sacrificar al valor de uso para lograr sus objetivos.

Desde la óptica del valor de uso vemos, a través de la desaparición de esos seres o elementos vivos, cómo se desvanece para siempre un patrimonio importante (no desde la perspectiva monetaria) que la naturaleza sabiamente había acumulado.

Tal como nos recuerda Echeverría, el valor valorizándose solo tiene en cuenta al valor de uso en abstracto, únicamente como vehículo de esa voluntad que sirve para multiplicar el capital, y, con ello, para estructurar la vida, siempre desde una lógica cuantitativa. De esta forma, el tipo de ser humano que demanda o solicita la modernidad capitalista, debe poseer antes de cualquier otra característica, la aptitud para vivir con naturalidad este sometimiento de lo social-natural o valor de uso a lo netamente mercantil (Echeverría, 1998).

A partir de estos postulados, es posible comprender la manera en que las prácticas capitalistas se desentienden del problema ecológico. La modernidad capitalista no solo ha pretendido dominar la naturaleza (lógica antropocéntrica), sino que en su lógica productivista, busca a toda costa rentabilizar al máximo el proceso de su explotación.

De esta manera, la naturaleza se encuentra delimitada e integrada solamente al ámbito del proceso de reproducción (producción-consumo), sacrificando sus otras potencialidades (contemplación, degustación, esparcimiento, etc.). A su dimensión natural o de valor de uso se la ha transformado y se la ha convertido en "objeto", en mercancía que se valoriza constantemente en el mercado, tornándose muchas veces inalcanzable para la mayoría de los seres humanos (Echeverría, 1998).

Vemos entonces que los valores de uso son fundamentales para la vida social cotidiana, no obstante, al interior de la lógica capitalista, lo social o lo cotidiano no está en relación armónica con el valor. Para el valor, trascender y dar forma a la sustancia natural implica, necesariamente, crear a partir de ella, dependiendo de ella, un nuevo orden "autónomo" que gira exclusivamente en torno al mundo de las mercancías (Echeverría, 1998).

Esta determinación dual, como acabamos de constatar, es compleja, ya que las sociedades capitalistas van a ser el resultado de un conflicto y un compromiso (forzado) permanente

entre estas dos tendencias contradictorias entre sí. El progreso en la modernidad capitalista, dice Echeverría, en lugar de liberar esta tensión entre el valor de uso y el valor, se ha encargado de incrementarlo, subordinando lo natural (valor de uso) bajo la forma del valor.

Siguiendo esta línea de reflexión, vemos con Echeverría que en definitiva: para el sujeto social, reproducir su riqueza de modo capitalista, implica reproducirse a sí mismo de manera autodestructiva (Echeverría, 1998).

Examinemos esto un poco más de cerca. La reproducción del mundo de la vida -la producción-consumo de valores de uso-, obedece a una lógica o un principio cualitativo que es propio de la realización de una comunidad o de una sociedad. Frente a esta lógica “natural”, de producciones de valor de uso, se encuentra la *realización autovalorizadora del valor mercantil capitalista*, la misma que posee un principio organizador diferente -artificial-, que es no solo extraño, sino contradictorio con respecto del primero (Echeverría, 2008).

Debido a esta dinámica, dice el autor, la versión capitalista de la modernidad terminó generando justo lo contrario de aquello que anunciaba (abundancia y bienestar generalizado). El sacrificio del valor de uso va a servir no para establecer el mundo de la abundancia o la escasez relativas, sino para reproducir artificialmente la escasez absoluta, en donde la masa de explotados y marginados o la naturaleza arrasada van a ser parte integral de los deslumbrantes logros del progreso (Echeverría, 2008).

Retomando a Echeverría: nada se produce, nada se consume, ningún valor de uso puede realizarse en la vida práctica de la sociedad capitalista, si no se encuentra en función de soporte o vehículo de la valorización del valor, de la acumulación del capital. Y es precisamente este modo capitalista de reproducción de la vida y su mundo el que determina finalmente a la civilización occidental.

Podríamos agregar, siguiendo a Lukács (1976), que el sacrificio constante que exige esta versión (capitalista) de la modernidad, se refleja a su vez en los seres humanos, que cual mercancías (con valor económico), deben estar en constante auto-valorización (únicamente desde una perspectiva productivista-cuantitativa, mas no cualitativa). Desde esta perspectiva, el ser humano se enajena a su vez como valor mercantil capitalista, esclavizándose a una lógica que ha terminado sacrificando el valor de uso de su libertad (tiempo libre, creatividad, sociabilidad, esparcimiento), como instrumento de potenciación del sistema productivista (multiplicador del valor económico).

Si bien la modernidad capitalista se pretendía una modernidad de la abundancia y de la emancipación, ésta terminó siendo una modernidad del “auto-sabotaje”. Con todas las catástrofes -ecológicas, naturales, financieras, económicas y sociales[1]- esta modernidad ha terminando auto-descalificándose (Echeverría, 2008).

Para concluir este punto, constatamos que para Echeverría conviene dejar claro que en la actualidad, esta versión de la modernidad cuenta con el potencial capaz de dar una salida posible a la actual crisis civilizatoria (tecnologías verdes, políticas de la no dominación,

etc.). Entonces, el reto que se le presenta a la política en nuestros días es el de procurar que esa posible abundancia y con ella la emancipación de los valores de uso, impulse una modernidad que sea a su vez diferente de la actual, la misma que se ha concentrado únicamente en la valorización del valor, conduciendo a la humanidad a la catástrofe.

La escisión metabólica

Como hemos visto en el apartado anterior, el valor de uso constituye el *contenido material de la riqueza* en cualquier sociedad. Son fuentes de ese *valor de uso*, tanto la *naturaleza* como el trabajo (la actividad humana). Es a partir de esta relación naturaleza-trabajo, o a partir de la transformación que sufre la materia por parte del *trabajo*, que podemos explicar el concepto de metabolismo. Si realizamos una analogía con el cuerpo humano (y su metabolismo), podemos decir que los seres humanos consumen recursos y expulsan residuos (Galindo, 2006).

No obstante, como señala Galindo, no podemos olvidar que la actividad humana es parte de la *naturaleza*, ya que los seres humanos en cualquier forma de organización social en la que se encuentren, están en la *naturaleza* y dependen de ella para su subsistencia.

Sin embargo, con el proceso de transformación de la *naturaleza* en objetos materiales para mejorar las condiciones de vida, gracias al perfeccionamiento en el dominio de la técnica, los seres humanos fueron perdiendo poco a poco el sentido de copertenencia con la naturaleza, y pretendieron colocarse por fuera de ella (antropocentrismo), desde donde, como especie protagonista, han ejercido una fuerte hegemonía productivista sobre la *naturaleza* en la que viven y de la cual son parte (Galindo, 2006).

Con el capitalismo, continúa Galindo, el *metabolismo ser humano-naturaleza va a sufrir una transformación radical, el momento en que los valores de uso se van a transformar en puras mercancías* y éstas se van a convertir en la forma elemental de la *riqueza material*. A partir de ese momento -como vimos antes-, el *valor de uso* va a quedar subordinado al *valor*, condicionando de esta manera el *metabolismo trabajo-naturaleza*, a la pura extracción de *plusvalor* (el obrero no produce para sí, sino para el capital)[2].

Así, tenemos que la producción de riqueza vinculada con el volumen de *mercancías* producidas, va a requerir, por lo tanto, de un mayor nivel de consumo, proceso que a su vez, como consecuencia directa, va a generar un incremento del agotamiento de la *naturaleza*. Cabe, sin embargo, recalcar que detrás de este incremento constante del ciclo explotación-agotamiento de los recursos, se encuentra implacablemente la búsqueda persistente de un aumento de los beneficios (económicos). (Galindo, 2006).

Como sostiene Galindo: el *metabolismo* entre el *trabajo* y la *naturaleza*, y la relación entre los seres humanos y la *naturaleza* (ambas como parte, pero también desde fuera de esa naturaleza), también se trastoca en el capitalismo, al subordinarse la *naturaleza* al *trabajo*, el *trabajo* a la *mercancía*, la *mercancía* al *dinero* y el *dinero* al *capital*.

Siguiendo esta línea de reflexiones, John Bellamy y Brett Clark (2004) sostienen que esta

acumulación de capital va a servir a su vez, como proceso autopropulsor a partir del cual el excedente de capital (valor valorizándose) acumulado en una fase, se va a convertir en el fondo de inversión para estimular las fases de producción siguientes.

Como podemos apreciar, estos ciclos de producción tienen como objetivo principal multiplicar únicamente y a toda costa el capital. Dentro del principio de costo-beneficio, la dinámica capitalista no se va a preocupar por el deterioro o sacrificio del valor de uso, sino que se va a enfocar sobre todo en la manera de multiplicar el valor (que se valoriza).

Por ello, el concepto de *escisión metabólica* desarrollado por Marx (1992), es fruto de un contexto de alarma creciente, ya que permite sacar a la luz el angustioso antagonismo (resultado de la versión de progreso capitalista) derivado de la relación de explotación tormentosa entre los hombres y la tierra (John Bellamy y Brett Clark, 2004).

Partiendo de estas reflexiones, Michael Lowy (2010) citando a Marx (1992) manifiesta lo siguiente:

Cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso no sólo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el arte de desvalijar el suelo; cada progreso en el arte de acrecentar su fertilidad por un tiempo, es un progreso en la ruina de sus recursos duraderos de fertilidad. Cuanto más se desarrolla un país sobre la base de la gran industria, por ejemplo los Estados Unidos de Norteamérica, más rápido se completa este proceso de destrucción". [...] De esta manera el capitalismo "socava al mismo tiempo los dos recursos de los que nace toda la riqueza: la tierra y el trabajador (Lowy, 2010).

De esta forma, como señala Marx, vemos que la dinámica capitalista genera una *escisión irreparable* en la "interacción metabólica" entre los seres humanos y la tierra. Para este autor, tanto el crecimiento de la industria agrícola a gran escala como el comercio de larga distancia, tendía (y todavía tiende) a intensificar y extender dicha escisión metabólica (Bellamy y Clark, 2004).

En este punto como insiste Julianne A. Hazlewood (2010), si bien en *El Capital*, Marx (1887) concluyó que la "alienación de la tierra" y la agricultura industrial son centrales para la expansión capitalista; de igual forma, podemos percatarnos -hasta la actualidad- que la presión creciente e intensiva sobre la tierra -por vía de la agricultura industrial-, ha producido un empobrecimiento de los suelos a causa del uso indiscriminado de fertilizantes en pro de más y más producción y, con ello, de capital.

De esta manera, el momento en que la Tierra ya no puede absorber o reciclar adecuadamente los residuos nocivos, consecuencia de la producción acelerada y a gran escala, se produce una *escisión metabólica irreparable* en la relación entre los seres humanos y la naturaleza. El uso indiscriminado de los recursos naturales, reduce la capacidad de la Tierra para proveer materias primas, y con ello, amenaza tanto a la sostenibilidad de la subsistencia humana, como a la propia actividad económica. (Hazlewood, 2010: 81-95).

Como nos recuerda Lowy (2004): la producción capitalista destruye no solo la salud física

de los obreros urbanos y la vida espiritual de los trabajadores rurales, sino que perturba también la circulación material entre el hombre y la tierra, así como la condición natural - eterna- de la fertilidad duradera del suelo, haciendo cada vez más difícil la restitución al suelo de los ingredientes que le son quitados y usados en forma de alimentos, vestidos, etc.

De esta forma, vemos que se debe comprender entonces a la *escisión metabólica* - esencialmente-, como el proceso de degradación progresiva de la Tierra, que se produce una vez que su agotamiento relativo obstaculiza todo tipo de rentabilidad o utilidad (ya sea como valor de uso o como puro valor económico). Esta escisión irreparable en las interrelaciones metabólicas de las sociedades con la Tierra, son las que van a empujar a su vez, a que más y más gente se vea obligada a abandonar el campo, lo cual lleva consigo el consecuente incremento de la pobreza en las poblaciones urbanas (Bellamy y Clark, 2004).

No obstante, como podemos apreciar hasta nuestros días, la producción capitalista continúa explotando recursos no renovables y destruyendo los elementos fundamentales de la vida humana: el suelo, el agua y recientemente, el aire que respiramos. Por ello, al desarrollar el concepto de la *escisión metabólica* del capitalismo, debemos comprender que tanto la crisis climática ambiental, como la económica, son fundamentalmente consecuencia de la crisis del modelo económico que nos gobierna (Hazlewood, 2010: 81-95).

En definitiva, como señala Serge Latouche (2009), debemos tener presente que no es

posible (ni viable) que sigamos manteniendo la idea del crecimiento (económico) continuo, en un planeta que de por sí es limitado. Está claro hoy en día que esta dinámica capitalista está saturando muchos de los límites ambientales. Por ello, cuanto antes seamos conscientes de la necesidad de desprendernos de un modo de vida inviable, mejor será para todos y para el planeta.

El biocentrismo

Yo soy vida que quiere vivir, y existo en medio de vida que quiere vivir (Schweitzer, 1923: 172).

Como hemos podido apreciar, el concepto marxista de *escisión metabólica* nos ha permitido comprender la compleja relación que existe al interior de un tipo de desarrollo (sobre todo económico), que no mide las consecuencias de la contradicción existente en las relaciones: naturaleza-ser humano, economía-sociedad, y economía-medio ambiente.

El sistema capitalista (antropocéntrico) en el que estamos inmersos, no ha mostrado ni concebido una capacidad, una forma o una manera de preservar una relación armónica entre los seres humanos y la naturaleza, y por esa vía, de mantener un equilibrio dinámico que permita garantizar la subsistencia de la biodiversidad en el planeta. Tanto en el sacrificio del valor de uso como en la escisión metabólica, se percibe una inconsistencia entre sostenibilidad ecológica y desarrollo capitalista; ambas dimensiones, terminan negándose mutuamente.

Frente a este antropocentrismo característico del sistema capitalista, Eduardo Gudynas (2009) plantea contraponer una lógica biocéntrica, comprendida como una forma o manera peculiar de considerar relevantes, ya no solo a los seres humanos (como centro del mundo), sino a toda la naturaleza, pues comparte con los humanos la característica fundamental de “estar viva”.

Por ello, como señala este autor, el biocentrismo puede ser percibido como una ética que cuida la vida de todo organismo individual y que impulsa a que cada quien pueda alcanzar su plena realización, desarrollo o florecimiento. Esta forma de percibir y de valorar la vida en cuanto tal, permite modificar las relaciones clásicas de explotación radical (ser humano-naturaleza), logrando a través del biocentrismo, sacar del centro de la escena a los seres humanos, para ponerlos en relación y en contacto directo con el resto de las entidades de la naturaleza.

Desde esta perspectiva, aunque los humanos no podemos pasar por la vida sin consumir a otros seres vivos, hay múltiples vías para minimizar el daño y la devastación que hoy causamos. Los seres humanos son justamente portadores de una especial responsabilidad, en virtud de su capacidad técnico científica para anticiparse a los problemas de devastación y crisis ambiental y, de esta manera, poner fin a la destrucción de la vida en la Tierra (Leyton, 2009).

Siguiendo con estas reflexiones, vemos que a su vez Fander Falconí y Julio Oleas (2004) señalan que en nuestros días la expansión capitalista y la acelerada globalización no conllevan a resultados que puedan identificarse como “desarrollo”, sobre todo cuando éste se ha basado en el indicador de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), el cual no ha escatimado en considerar a los recursos naturales como ilimitados.

Parfraseando a Amartya Sen (1992), el desarrollo es más bien un proceso mediante el cual los objetivos, las libertades y las oportunidades reales de los individuos se amplían, para lograr aquello que cada uno valora. El desarrollo consistiría, entonces, en la expansión de las capacidades de la gente (Falconí y Oleas, 2004).

Vemos, pues, que la propuesta de impulsar una lógica biocéntrica, busca en definitiva trascender al individualismo de la cultura occidental (y de su versión capitalista de desarrollo), reposicionando a los seres humanos como parte integral de la Tierra, en donde la ecología ya no puede ser algo que sucede al margen de lo político (historia de pocos), sino que debe involucrarnos a todos en el cuidado de la relación armónica entre la naturaleza y los seres humanos (Gudynas, 2009).

El biocentrismo, de igual forma, hace posible reforzar las críticas y los cuestionamientos de los “supuestos fundamentales” de la sociedad de crecimiento industrial (y del PIB), enfatizando la importancia de orquestar las diferentes ciencias (Economía, Ecología, Biología, Física, Antropología, etc.), para evaluar y atender los desafíos complejos que nos presenta la producción y la sostenibilidad, sobrepasando de esta manera la lectura simplista de la economía actual, que se asienta únicamente en la fórmula costo-beneficio (Falconí y Oleas, 2004).

Esta crítica al modelo económico clásico de desarrollo cuestiona a su vez el pretendido concepto de una supuesta especie superior que ensaya a toda costa verse al margen de la naturaleza. De esta forma, el biocentrismo cuestiona todas esas lógicas de la dominación típicas de nuestro patrón cultural: dominio de la humanidad sobre la naturaleza, de lo masculino sobre lo femenino, de los ricos y los poderosos sobre los pobres, de la cultura occidental sobre la cultura oriental, etc., buscando potenciar y fortalecer los principios de respeto y reconocimiento del “otro”, de lo diverso, de lo natural.

El concepto de igualdad biocéntrica tiene presente, que si dañamos a la naturaleza, en realidad nos estamos dañando a nosotros mismos (es una crítica a la modernidad capitalista pero sobre todo a su lógica de auto-sabotaje). Busca eliminar las fronteras o distancias entre los seres vivos, comprendiéndolos en su conjunto como parte de la totalidad del planeta, sin sentir la necesidad de establecer un orden jerárquico entre las distintas especies, y menos que ese orden se halle coronado por el ser humano (Leyton, 2009).

Como señala Gudynas (2009), el biocentrismo es a su vez, una perspectiva que se opone a las posiciones economicistas que reducen la gestión del ambiente, a una forma de economía ambiental, en la cual se pretende otorgar una valoración económica (monetaria) a los recursos naturales. Tiene claro que el precio (valor económico) no puede representar de ninguna manera el valor de una especie o de un ecosistema.

Es fundamental considerar, como sugiere esta perspectiva biocéntrica, que tanto individuos como comunidades tienen muchas necesidades vitales que van mucho más allá de la satisfacción de las necesidades básicas -como el alimento y el abrigo-, necesidades entre las que se incluyen también el juego, la expresión creativa, la relación con un determinado paisaje (o con el conjunto de la naturaleza), el tiempo libre, la contemplación, una plena sociabilidad (no mercantilizada) con los demás seres humanos, etc.

Por ello, los ecosistemas deben ser considerados como entidades mucho más complejas de lo estipulado por la economía convencional. Igualmente, la valoración del ambiente debe hacerse a partir de un giro biocéntrico fuerte, en donde se imponga la pluralidad de valores, tanto los relacionados con la naturaleza, como aquellos relacionados con las posturas multiculturales. Desde esta perspectiva, se debe entonces proteger a todos los ecosistemas y a todas las formas de vida, independientemente de su utilidad económica (Gudynas, 2009).

Para concluir este punto, vale recordar a Herbert Marcuse (1973) cuando señala que:

... la naturaleza es una parte de la historia, es un objeto de ella; por consiguiente, “la liberación de la naturaleza” no puede significar el retorno a un estado pretecnológico, sino a un avance hacia el empleo de los adelantos de la civilización tecnológica para librar, al hombre y a la naturaleza, del abuso destructivo de la ciencia y tecnología al servicio de la explotación (Marcuse, 1973:71).

Para poder construir una sociedad alternativa concreta, lo que se puede hacer es desaprender lo aprendido hasta aquí, desvinculándonos al mismo tiempo de este modo de vida equivocado e incompatible con la sustentabilidad del planeta. De lo que se trata entonces en este siglo XXI, es de activar una nueva política (ahora sí verde), que incentive

nuevas formas de socialización, de organización social y de manejo económico (Latouche, 2009).

Debemos partir siempre de la idea evidente: vivimos en un mundo finito, en el cual la falacia del crecimiento –económico- continuo es imposible. No hay camino en el crecimiento y cada vez resulta más claro que la eficacia económica no sirve para resolver los problemas ambientales. Cuanto antes nos demos cuenta de ello, mejor (Latouche, 2009).

Conclusión

En la actualidad, vemos que en el planeta nos enfrentamos a una serie de crisis: inmobiliaria, financiera, económica en términos amplios, pero a la vez ambiental, energética, alimentaria, ideológica. Estamos frente a una crisis multifacética (Acosta, 2010).

La catástrofe en el Golfo de México (mayo de 2010) con el hundimiento de la plataforma de extracción de petróleo de British Petroleum, o la grave crisis nuclear en Japón (marzo 2011), cuya secuelas aun imprevisibles, pueden tener consecuencias para el mundo entero,

son algunas de las gravísimas advertencias que nos indican que es imperativo superar la dependencia de las energías fósiles. Desde esta perspectiva, queda claro que ya no podemos seguir viendo a los recursos naturales como una condición para el crecimiento económico, o como “medios” (infinitos) para alcanzar el “desarrollo” (Acosta, 2010).

Es indispensable, entonces, reconocer los límites físicos del desarrollo convencional (propuesto por el capitalismo) tal como nos sugiere Latouche. La realidad de nuestros días, nos demuestra hasta la saciedad que la naturaleza tiene límites, y que esos límites han sido ultrajados por el modelo de vida antropocéntrico, exacerbado con la lógica de acumulación del capital (valor que se valoriza).

Por ello, en estos días en que la crisis ecológica se presenta ya como inminente, es imprescindible comprender que la naturaleza vale por sí misma, independientemente de la utilidad o usos que el ser humano le pueda dar. Frente al dogma del individualismo depredador que nos gobierna, debemos recordar que lo humano se realiza en y por la comunidad; en función de otros seres humanos, sin pretender dominar o someter a la naturaleza o a la vida en sí misma. Esto es lo que representa una visión biocéntrica (Acosta, 2010).

La tarea y el desafío político al que nos vemos confrontados ahora son en extremo complejos. O seguimos y conservamos lo heredado hasta aquí, divorcio o escisión entre la naturaleza y el ser humano (racionalidad de la depredación individualista), o nos proponemos un cambio radical y consistente, que pueda propiciar o impulsar una nueva lógica como la que nos propone el biocentrismo.

Si optamos por el cambio, entonces la transformación civilizatoria debe obligadamente pasar por la desmercantilización de la naturaleza y de las relaciones sociales, respetando la

dignidad humana, así como la de todos los elementos con vida.

Como subraya Alessandro Baricco (2004):

Tenemos que probar que somos capaces de aclarar la penumbra de la existencia, sin tener que recurrir al fuego de la guerra [...] Debemos cambiar nuestro propio destino sin tener que apoderarnos del destino de otros [...] Debemos encontrar una dimensión ética, si es posible bien alta, para no tener que encontrarla después en los márgenes de la muerte; debemos poder confrontarnos a nosotros mismos en la inmensidad de un lugar y de un momento, que no sea una trinchera... (Baricco, 2004:243).

Para terminar, los nuevos políticos e investigadores de la política están confrontados con la historia: o perpetúan el modelo que nos lleva a la catástrofe, o buscan y aplican alternativas que potencien otros modelos de desarrollo y de convivencia.

La crisis final del capitalismo puede tardar mucho, esperamos por el bien de la humanidad y del medio ambiente como lo conocemos, que no se tome todo el siglo.

Referencias citadas

Acosta, Alberto (2010). "Pensando alternativas. Entre la crisis europea y el Yasuní". *Revista Rebelión*. Visita el 3 de agosto de 2010 en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=110813>

Baricco, Alessandro (2004). *Homero, Ilíada*. París: Folio.

Bellamy Foster, J. y Clark Brett (2004). "Imperialismo Ecológico la maldición del Capitalismo" En *Social Register*. En <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/foster.pdf>

Boff, Leonardo (2006). "La contradicción entre capitalismo y ecología" *Revista Pueblo*. Visita el 2 de agosto de 2010 en <http://www.revistapueblos.org/spip.php?article437>

Echeverría, Bolívar (2006). "¿Qué es la Izquierda?" Ponencia presentada en el I Seminario Universitario "La modernidad: versiones y dimensiones", mayo, 8. En <http://www.bolivare.unam.mx/miscelanea/izquierda.html>

Echeverría, Bolívar (2008). "Un concepto de modernidad". *Revista Contrahistorias*, N.º 11. En <http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/Un%20concepto%20de%20modernidad.pdf>

Echeverría, Bolívar (2007). "El capitalismo es posible solo sacrificando la Vida". Entrevista en *El Comercio*, agosto, 4.

Echeverría, Bolívar (1998). *Valor de Uso y Utopía*. México: Siglo XXI

Falconí, Fander y Julio Oleas (2004). "Estudio Introductorio: Antología de la economía

ecuatoriana (1992-2003)". En *Antología de la economía ecuatoriana*, Fander Falconí y Julio Oleas (Comps.): 13-90. Quito: FLACSO.

Galindo, Pilar (2006). "Una lectura de la ecología y naturaleza en Marx. Aportaciones a la lectura del Apdo. 1 y 2 del Capital". *Revista La Garbancita ecológica*. Visita el 3 de agosto de 2010 en http://www.nodo50.org/lagarbancitaecologica/garbancita/index.php?option=com_content&view=article&id=136:una-lectura-de-la-ecologia-y-naturaleza-en-marx-aportaciones-a-la-lectura-del-apdo-1-y-2-del-capit&catid=55:ecologia-critica-de-la-tecnologia-transporte&Itemid=73

Gudynas, Eduardo (2009). "Derechos de la naturaleza y políticas medioambientales en la nueva constitución". En *Mandato Ecológico*. Quito: Abya-Yala.

Gudynas, Eduardo (2009). "La ecología política de la crisis global y los límites del capitalismo benévolo". En *Revista Iconos*, N.º 36. Quito: FLACSO sede Ecuador

Habermas, Jürgen (1998). "La crisis del Estado de bien estar y el agotamiento de las energías utópicas". En *Ensayos Políticos*, Edelberto Torres-Rivas (Comp.). Barcelona: Paidós.

Hazlewood, Julianne A. (2010). "Más allá de la crisis económica" *Íconos* N.º 36: 81-95.

Latouche, Serge (2009). "Decrecimientos o barbarie". *Revista Papeles*, N.º 107. En http://www.fuhem.es/media/ecosocial/file/Entrevistas/entrevista%20a%20Serge%20Latouche_M.DIDONATO.pdf

Leyton, Fabiola (2009). "Ética medio ambiental: una revisión de la ética biocentrista". *Revista de Bioética y Derecho* N.º 16. Visita 11 de agosto de 2010 en <http://www.raco.cat/index.php/RevistaBioeticaDerecho/article/viewFile/132095/181941>

Lowy, Michael (2004). "Qué es el Ecosocialismo". *Revista Anticapitalista.org*. Visita el 24 de junio de 2010 en http://www.anticapitalistas.org/images/09/combate/TC_Ecosocialismo.pdf

Lukács, George (1976). *El asalto a la razón*. Barcelona: Grijalbo.

Marcuse, Herbert (1973). *Contrarrevolución y revuelta*. México: Joaquín Mortiz Tabasco.

Marx, Karl (1992). *El Capital*, Tomo I, Vol. 3, México: Siglo Veintiuno Editores.

Marx, Karl (1865). "La Producción del Plusvalor absoluto y del relativo". *El Capital*, Tomo I. visita 14 de agosto de 2010 en <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital1/14.htm>.

Modonessi, Massimo (2008). "Más allá del nominalismo. Consideraciones sobre los

preliminares del socialismo en el siglo XXI”. Ponencia Internacional “Movimientos sociales y marxismo”, agosto, 25-27, Marilia, Brasil.

Ramírez, René (2007). “La Felicidad como Medida del Buen Vivir en Ecuador (Entre la Materialidad y la Subjetividad)”. Resumen Ejecutivo 2007 de la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo del Ecuador, Ecuador: SENPLADES.

Sabatetella, Ignacio (2010). “Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza al capital”. En *Revista Iconos*, N. ° 36, p. 69-80 .Quito : FLACSO sede Ecuador.

Notas

[1] “En la actualidad enfrentamos una crisis internacional multifacética: inmobiliaria, financiera, por cierto económica en términos amplios, pero a la vez ambiental, energética, alimentaria, ideológica... Estamos frente a una crisis multifacética y a la vez sincronizada con varias fases que ahora comienzan a golpear en Europa con el tema de la deuda externa.[...] La corrupción campea en muchos países europeos; ya no es una característica propia de los países empobrecidos, como se pretendía hacernos creer antes” (Acosta 2010).

[2] “El obrero no produce para sí, sino para el capital. Por tanto, ya no basta con que produzca en general. Tiene que producir plusvalor. Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital. El concepto de trabajador productivo, por ende, en modo alguno implica meramente una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino además una relación de producción específicamente social, que pone en el trabajador la impronta de medio directo de valorización del capital. De ahí que ser trabajador productivo no constituya ninguna dicha, sino una maldición” (Marx, 1865).